

“ALBORADA”, UN POEMA DESCONOCIDO DE LOS PRINCIPIOS POÉTICOS DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Antonio Martín Infante
Universidad de Huelva

The present article belongs to a superior investigation which studies the Juan Ramón Jiménez's poetical prehistory. With this object, we have performed an important amount of searchings through a big group of spanish publications toward the end of XIXth century, especially Andalusian. “Alborada”, as the result of this searching, is currently an unknown poem which is immediatly analyzed and reproduced in the proper context. Equally, we present a new information about a well-known poem that belongs to the same age: “El cohete”. Both poems were published at the press of Granada; we are going to analyze this press in a superficial way. The Juan Ramón Jiménez environment's group of young writers is also analyzed.

1. LA PREHISTORIA POÉTICA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

Al hablar de la “prehistoria poética” de Juan Ramón Jiménez, sin ánimo de entrar en discusiones taxonómicas, nos referimos a aquellos poemas que el moguerense escribió y publicó en prensa antes de la salida a la calle de sus dos primeros libros, *Ninfeas* y *Almas de violeta*, esto es, antes de septiembre de 1900. Rescatamos dicha expresión acuñada por Jorge Urrutia (1986b y 1991) y que es quizá más acertada que la de “primerísima producción poética” o “primera producción poética” a secas, locuciones que pueden llevar a confusión en relación a clasificaciones juanramonianas más extendidas —especialmente la segunda de dichas expresiones—. Como sabemos, es este periodo de la vida y la obra del *andaluz universal* el menos conocido y estudiado, principalmente por el desinterés que provoca una producción poética adolescente exigua en calidad poética, pero también por la escasez de documentos hemerográficos relativos al Juan Ramón del fin de siglo, amén del olvido en el que a veces quiso sumir esta etapa de su vida el propio poeta. En este sentido, somos de la opinión de que, por intrascendentes que puedan parecer los comienzos literarios de un escritor, siempre acaban siendo claves en su trayectoria poética y eso es algo que se cumple incluso en el caso de Juan Ramón Jiménez, a pesar de que renegara luego de su pasado, o precisamente por eso.

Gracias a autores como Manuel García Blanco (1961), Graciela Palau de Nemes (1974), Rafael Pérez Delgado (1974), Ignacio Prat (1978), María Auxiliadora Uceda (1981) y, en particular, Jorge Urrutia (1981, 1982, 1983, 1986a, 1986b, 1991, etc.), poseemos un considerable cuerpo poético que Juan Ramón dio a conocer en la prensa de la época antes

de la publicación de sus dos primeros libros¹. Hay colaboraciones juanramonianas para el periodo 1898-1900 localizadas en las publicaciones sevillanas *El Progreso*, *El Programa*, *El Correo de Andalucía*, *El Noticiero Sevillano* y *Hojas Sueltas*, en el *Diario de Córdoba*, en las revistas madrileñas *Vida Nueva* y *Relieves* y en *El Gato Negro* de Barcelona. Hasta hoy ésta es la información de la que hemos dispuesto, pero ¿dio a conocer Juan Ramón sus poemas de adolescencia sólo en esas publicaciones periódicas? La pura lógica siempre hizo contestar “no” a esta pregunta, ya que la costumbre de los poetas finiseculares de enviar frecuentemente piezas literarias a los diferentes periódicos y revistas del momento, unida a la desaparición de muchos fondos hemerográficos de esta época en algunas ciudades, hace que la deducción sea evidente. El caso de Huelva es sintomático en este aspecto, ya que lo más normal es que Juan Ramón enviase sus piezas literarias a más de una publicación periódica onubense y de hecho existe constancia de que publicó en alguna de ellas, como, por ejemplo, *El Odiel* de su amigo el también escritor onubense Tomás Domínguez Ortiz (Martín, 2002); sin embargo, los fondos hemerográficos de este periodo relativos a Huelva que se conservan son muy escasos y en ellos no existe ninguna colaboración del moguerense.

No obstante, gracias al rastreo hemerográfico que hemos venido realizando para las publicaciones periódicas del cambio de siglo que aún se conservan —en esta ocasión las granadinas—, ya podemos saber positivamente que Juan Ramón dio a conocer sus poemas en otras publicaciones aparte de las mencionadas y —lo que es más importante— tener acceso a un poema juanramoniano hasta la fecha desconocido por la crítica. Respecto a lo primero, presentaremos a continuación “El cohete”, un poema que creíamos publicado solamente en *El Noticiero Sevillano*, pero que también vio la luz en *La Publicidad* de Granada, y nos detendremos en el posible origen de su gestación; y en cuanto a lo segundo, publicamos aquí el poema “Alborada”, pensamos que por primera vez si descontamos su primigenia salida a la calle en las páginas de *El Heraldo Granadino*. Estamos convencidos de que tuvieron lugar más colaboraciones juanramonianas en la prensa del cambio de siglo, especialmente andaluza, y que algunas están esperando a ser descubiertas entre el polvo de las hojas de periódicos viejos o en el blanco sobre negro de los modernos microfilmes; otras, desgraciadamente, se habrán perdido para siempre de la mano de las muchas colecciones desaparecidas.

2. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y GRANADA. “EL COHETE”, UN POEMA SEVILLANO DE VISITA POR LA CIUDAD DE LA ALHAMBRA.

En 1983 Urrutia publicó el artículo “Juan Ramón Jiménez y él”, en el que, entre otros poemas, daba a conocer “El cohete”, aparecido en la página 2 de *El Noticiero Sevillano* del 16 de marzo de 1899, dentro de la sección “HOJA DE VERSOS” y firmado “Juan R. Jiménez” (1983: 582-583). No se tenía hasta ahora constancia de su publicación en ningún otro periódico o revista, pero este poema también vio la luz, tres días después, en *La*

¹ Además del *Álbum de poesías* de 1895 y un par de poemas de su época de bachiller en El Puerto de Santa María fechados también en 1895 (Urrutia, 1986a y 1986b), los cuales aunque, evidentemente, no fueron publicados en prensa, también deben ser incluidos dentro de la prehistoria poética del moguerense.

Publicidad de Granada, en la página 1 de su nº 4164, del 19 de marzo de 1899 y aparecía firmado, en una clara errata de cajista, por “Jnan R. Jiménez”.

La Publicidad de Granada era un diario de tamaño algo menor al formato sábana que allá por 1898 iba por su año XVI. Su director y administrador-propietario era Fernando Gómez de la Cruz y sus oficinas e imprenta se hallaban en Recogidas, 2 hasta 1900 y a partir de entonces en Párraga, 5 y Puentezuelas, 2 triplicado. Era, como su propio subtítulo rezaba, un “[d]iario de avisos, noticias y telegramas. Eco fiel de la opinión y verdadero defensor de los intereses morales y materiales de Granada y su provincia”. En *La Publicidad*, como en tantos otros diarios españoles finiseculares, era frecuente la inclusión de piezas poéticas y narrativas, de tal modo que casi todos los días se podía leer un poema y, de vez en cuando, algún relato corto. Así, entre 1898 y 1901, se publicaron composiciones poéticas de autores románticos y realistas consagrados, como Pedro Antonio de Alarcón, Ramón de Campoamor, Gustavo Adolfo Bécquer, José de Echegaray, Antonio Fernández Grilo, Gaspar Núñez de Arce o José Zorrilla; de poetas de renombre —todo dicho siempre desde el punto de vista de la época—, como Federico Balart, Augusto Ferrán, Manuel de Palacio o Luis Ram de Viu; y menos conocidos: Curros Enríquez, Sinesio Delgado, José Jackson Veyán, Manuel Paso. En cuanto a la prosa, se publicaron relatos de escritores igualmente consagrados: Fernán Caballero, Jacinto Octavio Picón, Juan Valera; y de menor importancia, aunque de considerable fama en las letras españolas finiseculares: Ramiro Blanco, Joaquín Dicenta, Alfonso Pérez de Nieva, Luis Taboada, José Zahonero; así como artículos de importantes pensadores o intelectuales de la España de entonces: Joaquín Costa, Giner de los Ríos, Pi y Margall. En lo referente a la producción extranjera, el diario reproducía la típica nómina de escritores decimonónicos que se solía observar en un considerable número de publicaciones españolas —románticos, parnasianos, naturalistas y sobre todo realistas—: Lord Byron, Víctor Hugo o Alfred de Musset, en poesía; Guy de Maupassant, Catulle Mendès, Edgard Allan Poe, Eça de Queiroz, Walter Scott, Henryk Sienkiewicz —de quien además se publicó su famosa novela *Quo Vadis?* como folletín a finales de 1900—, Leon Tolstoi o Émile Zola, en narrativa corta.

Del grupo de escritores con el que en el cambio de siglo estaba conectado Juan Ramón —y al que en otros artículos hemos denominado “grupo del novecientos”— también existen muchas colaboraciones en *La Publicidad*, ya que en ella podemos encontrar autores que tenían ya cierto nombre en las letras españolas de estos años: poemas de Narciso Díaz de Escovar, Emilio Fernández Vaamonde, Manuel Reina, Arturo Reyes —de quien también se publica su novela *Cartucherita* como folletín en 1898—, Salvador Rueda, relatos de Jacinto Benavente y algún artículo de Miguel Unamuno; así como escritores más o menos jóvenes que, a veces con desigual fortuna, se encontraban en estos momentos buscando un hueco en el panorama literario de nuestro país: Joaquín Alcaide de Zafra, José Antonio Almendros Camps, Marcos Rafael Blanco Belmonte, Manuel Escalante Gómez, Fermín Gil de Aincildegui, Salvador González Anaya, Ricardo León y Román, José Muñoz San Román, Manuel Ortiz de Pinedo, Enrique Redel, José Sánchez Rodríguez, Ramón A. Urbano, Francisco Villaespesa, en poesía; y Juan Héctor y Picabía, Nicolás María López Fernández-Cabezas, Antonio Valero Hervás en cuanto a la narrativa². Luis Montoto y

² Los diferentes datos y conclusiones sobre estos y otros autores del entorno de Juan Ramón Jiménez son estudiados en nuestra tesina inédita. Para conocer un pequeño adelanto de dicha investigación, remitimos al lector

Rautenstrauch, José de Velilla y Francisco Rodríguez Marín, autores sevillanos que quizá no estuvieran muy conectados con este grupo debido a su lírica más clasicista —aunque sí gozaron de la amistad de Juan Ramón en el fin de siglo durante su estancia en Sevilla—, también colaboraron en este periódico.

Como no es un documento de fácil acceso, reproducimos a continuación la versión de “El cohete” publicada en *La Publicidad* —prácticamente la misma de *El Noticiero...*—, la cual se encuentra ubicada entre un editorial de índole política y un artículo político-satírico titulado “¡Tiquis-Miquis!” y firmado bajo seudónimo por “Don Miquis”³:

Ligero se eleva	
cual sierpe inflamada	
con leve silbido;	
parece una bala	
partiendo las sombras,	5
que al ser desgarradas,	
arrojan su sangre	
en hebra de grana;	
semeja un lucero	
que súbito vaga	10
dejando en los aires	
estela de plata....	
detiénese un poco,	
vacila y estalla;	
raudal esplendente	15
de azules bengalas,	
de blancos diamantes,	
de rosas doradas,	
de lluvia de perlas,	
de estrellas y lágrimas,	20
que luego se toman	
en verdes cascadas,	
anega el espacio	
de luces y galas;	
la turba lo mira	25
con grito entusiasta....	
mas ya su luz bella	
confusa se apaga;	
ya apenas alumbra,	

a “Tomás Domínguez Ortiz y Juan Ramón Jiménez: literatos y amigos en la encrucijada de dos siglos” (Martín, 2002).

³ Ambas versiones sólo difieren levemente, y probablemente por error, en el verso 35, ya que en *El Noticiero...* viene escrito “ya sólo es un punto” en lugar de “ya sólo en un punto” (la cursiva es nuestra). En cuanto al tema del difícil acceso a este tipo de poemas, es cierto que Jorge Urrutia ha publicado un libro donde recoge la mayoría de los poemas juanramonianos de esta época y en la que aparece “El cohete” (*Primeros poemas*, 2003). Esta obra presenta la importante novedad de la recopilación de dichos poemas en un volumen unitario, aunque a nivel filológico e historiográfico su autor se limita a compendiar la información que ya adelantara hace años en una serie de valiosísimos artículos que citaremos en más de una ocasión. De cualquier modo, nos parece pertinente la transcripción de “El cohete” en el presente trabajo para facilitar la ejemplificación de muchos de los datos aportados.

ya rápida baja, 30
 ya llega a la tierra,
 y al choque, mil ascuas
 aun tenues fulguran,
 se pierden, se inflaman;
 ya sólo es un punto 35
 de luz; después..... nada.
 Así son de breves
 las glorias humanas;
 cruzando fugaces
 los cielos del alma, 40
 deslumbran, atraen,
 y ciegan y arrastran....
 mas ¡ay! cual cohetes
 qué pronto se apagan!

“El cohete”, como podemos ver, es un romancillo de versos hexasílabos que posee una estructura fabulística de alegoría y moraleja y promueve un mensaje de alejamiento de las bienes materiales inspirado en la moral cristiana y más exactamente en *De la imitación de Cristo y menosprecio del mundo* de Tomás de Kempis, al igual que la mayoría de los poemas publicados por Juan Ramón en 1899. Esta inspiración es fruto de la permanencia en el joven poeta de la influencia de la educación jesuítica que recibió entre 1893 y 1896 en El Puerto de Santa María y del refuerzo de dicha concepción moral que supuso el influjo de los viejos autores de la escuela clasicista sevillana durante sus estancias hispalenses entre 1896 y 1900, escuela que él llegaría a denominar con el paso de los años “peña poética del instante parado” (“El Modernismo poético en España y en Hispanoamérica”, en Jiménez, 1946: 228) y que estaba formada, como mencionamos antes, por poetas como José y Mercedes de Velilla, Rodríguez Marín o Luis Montoto, aglutinándose en torno a José Lamarque de Novoa y el Ateneo de Sevilla. En “El cohete” Juan Ramón ataca la futilidad de las glorias humanas, que “cruzando fugaces/ los cielos del alma,/ deslumbran, atraen,/ y ciegan y arrastran.../ mas ¡ay! cual cohetes/ ¡qué pronto se apagan!” (vv. 39-44); da a entender tácitamente, como en tantos otros poemas de este periodo, que el verdadero valor está en lo inmaterial y en la vida ultraterrena, esto es, que lo que importa permanece, no en las glorias humanas, sino en la gloria celestial.

Veamos ahora un soneto que se publicó apenas tres meses antes en *La Publicidad* (nº 4528, 22-12-1898, p. 1). Se titula también “El cohete” y su autor es Salvador Rueda:

Lanzóse audaz a la extensión sombría
 y era al hendir el céfiro sonante,
 un surtidor de fuego palpitante
 que en las ondas del aire se envolvía.
 Viva su luz como la luz del día 5
 resplandeció en los cielos fulgurante,
 cuando la luna en el azul radiante
 como rosa de nieve se entreabría.
 Perdióse luego su esplendor rojizo;
 siguió fugaz cual raudo meteoro, 10
 y al fin surgió como candente rizo.
 Paró de pronto su silbar sonoro,

y tonando potente se deshizo
en un raudal de lágrimas de oro.

¿Se inspiró Juan Ramón en este soneto de Rueda para componer su “Cohete”? No podemos saberlo con seguridad, pero pensamos que sí. Si Juan Ramón envió su poema a *La Publicidad* es porque conocía dicha publicación y debía de tener un buen concepto de ella, probablemente producto de una lectura más o menos frecuente de la misma. Por tanto, pudo perfectamente leer “El cohete” de Rueda, que el poema le llamase la atención, inspirarse en él para escribir el suyo y enviarlo a *La Publicidad*; además, el intervalo de tiempo transcurrido entre la publicación de uno y otro poema hace plausible esta hipótesis dentro la práctica literario-periodística de la época. A la sazón el poeta malagueño era admirado por Juan Ramón y gran parte de los jóvenes de su generación en un alto grado, al menos hasta que Darío se impuso en sus corazones literarios unos meses más tarde. Prueba de esta admiración es la prosa crítica titulada “Maestros jóvenes. Salvador Rueda”, un artículo que Juan Ramón escribió después de mediados de mayo de 1900 e inédito hasta que Rafael Bejarano y Antonio Sánchez Trigueros lo rescataron del olvido y del Archivo del Ayuntamiento de Málaga (1989: 25-26). A la vista de las dos composiciones, puede considerarse a “El cohete” de Juan Ramón como una versión moralizante de “El cohete” de Rueda, ya que este último parece ser puramente colorista y formal, desprovisto de mensaje. Pero no olvidemos que, a pesar de la admiración que pudiera sentir por Rueda, la preocupación de la poesía juanramoniana de 1899 era predominantemente moral, como ya hemos señalado, por lo que no deja de ser normal que el moguerense adaptase una composición cuyos tema y forma admirase a su particular y coyuntural visión poética. Además, si prescindimos de la parte en que el cohete deja de ascender tras su estallido y de la moraleja del poema juanramoniano, esto es, desde el verso 25, y comparamos el resto con el poema de Rueda, las similitudes son tales que hablan por sí solas. Mientras el cohete de Juan Ramón “[l]igero se eleva (...) partiendo las sombras” que “son desgarradas” (vv. 1, 5 y 6), el de Rueda “[l]anzóse audaz a la extensión sombría/ y era al hendir el céfiro sonante” (vv. 1 y 2); en el primero dichas sombras “arrojan su sangre/ en hebra de grana” (vv. 7 y 8) y el segundo produce “un surtidor de fuego palpitante” (v. 3); el primero “semeja un lucero/ que súbito vaga/ dejando en los aires/ estela de plata...” (vv. 9-12) y el segundo tiene “[v]iva su luz como la luz del día” que resplandece “en los cielos fulgurantes” (vv. 5 y 6); y, finalmente, el primero “detiénese un poco/ vacila y estalla” en un “raudal esplendente/ (...) de rosas doradas/ (...) de estrellas y lágrimas” (vv. 13, 14, 15, 18 y 20) y el segundo “[p]aró de pronto su silbar sonoro, / y tonando potente se deshizo/ en un raudal de lágrimas de oro” (vv. 12-14). Por todo ello, creemos que se dan entre ambas composiciones demasiadas coincidencias formales, temáticas y periodísticas como para opinar que uno y otro no tienen relación entre sí⁴.

⁴ El del cohete es un tema que pudo convertirse en un tópico poético finisecular. En *El Defensor de Córdoba* (nº 358, 14-11-1900, p. 3), por ejemplo, encontramos este poema de Julio Valdelomar que lleva también por título “El cohete”: “Cual pez de fuego en el azul se inflama/ Con ecos de placer atronadores,/ Y se deshace en chispas de colores/ Después de fulgurar en viva llama./ Es un silbido estridente que nos llama,/ Ofreciéndonos brillos seductores;/ Es un enjambre de bermejas flores/ Que por el cielo un hada desparrama./ Como el cohete audaz que lanza al viento/ Su penacho de fuego enrojecido,/ Así ocurre al humano pensamiento;/ Se levanta hasta Dios ennoblecido,/ Da vida á una creación en un momento,/ Y se pierde, después, desvanecido.” La composición transcrita participa de los dos poemas comentados, ya que, como el de Rueda, es un soneto colorista y, como el de Juan Ramón, tiene estructura de fábula. Julio Valdelomar y Fábreges fue un poeta cordobés muy valorado en su ciudad natal, al igual que su hermano Enrique, y un habitual colaborador de *La Ilustración Española y Americana* a finales de 1880 y principios de 1890 (Celma, 1991: 894). El hecho de que ambos hermanos estuvieran ya

3. "ALBORADA", UN AMANECER INESPERADO EN *EL HERALDO GRANADINO*.

A pesar de tener la convicción de que debían existir más poemas juanramonianos no localizados con fecha anterior a finales de septiembre de 1900 en las páginas de la prensa del fin de siglo, y después de una considerable cantidad de rastreos hemerográficos, las esperanzas de hallar alguna composición poética desconocida de Juan Ramón eran mínimas en el transcurso de nuestra investigación. Como suele ocurrir muchas veces en este tipo de trabajo, lo que se quiere encontrar normalmente está dónde menos se pensaba que pudiera hallarse. Y así, en lugar de localizar "Alborada" —o cualquier otro poema desconocido de esta época— durante los rastreos hemerográficos llevados a cabo en Huelva, Sevilla o Madrid, aparece, inesperadamente, en *El Heraldo Granadino*. Este hecho, al igual que la publicación de "El cohete" en *La Publicidad*, no deja de provocar sorpresa si tenemos en cuenta que desconocemos si Juan Ramón tenía vínculos periodístico-literarios con Granada. Es cierto que en 1900 conocía al narrador granadino Nicolás María López (1863-1936), autor de renombre en la Granada literaria finisecular y afín a las tendencias modernistas y al grupo de escritores ya mencionado, principalmente andaluces y aglutinados por Francisco Villaespesa, pero no sabemos si en 1899 se habían puesto ya en contacto. De cualquier modo, es muy posible que tanto "El cohete" de *La Publicidad* como "Alborada" de *El Heraldo Granadino* pudieran ser envíos hechos por el moguerense sin recomendación ni presentación alguna, ya que ésta era también una práctica habitual de la época: un poeta novel se interesaba por cualquier causa por una publicación determinada, copiaba la dirección de sus oficinas —que por lo común siempre aparecía en la portada o en la contraportada— y enviaba un poema dirigiéndose al director —cuyo nombre también solía aparecer casi siempre— o a la redacción con la esperanza, muchas veces satisfecha, de que se lo publicasen⁵. Si como creemos, Villaespesa y Juan Ramón iniciaron sus contactos, probablemente por carta, a principios de 1900, es esta última hipótesis la que cobraría más fuerza. No obstante, también es posible que se conocieran ya a finales de 1899. Considerando este segundo supuesto, sí existe una conexión granadina protagonizada por Villaespesa que le pudo abrir al menos las puertas de *El Heraldo*..., ya que casi con toda seguridad, para la fecha de publicación de "El cohete" —principios de 1899— Villaespesa y Juan Ramón aún no se conocían.

Villaespesa estuvo matriculado en el Curso Preparatorio de Derecho en la Universidad de Granada durante los cursos 1894/1895 y 1896/1897, aunque con escasa dedicación y exiguos resultados. Su estudios universitarios granadinos "los hizo como alumno libre (...) y ello nos obliga a pensar que sus estancias en Granada fueron circunstanciales, aunque, sin duda, muy aprovechadas en el conocimiento de los círculos artísticos" (Sánchez Trigueros, 1974: 22-29). Efectivamente, Villaespesa tuvo tiempo de alternar con la intelectualidad

muerdos en el fin de siglo (*Diario de Córdoba*, 7 y 8-1900), mientras en la prensa cordobesa seguían reproduciéndose sus poemas, parece indicar que "El cohete" de Valdelomar reproducido en *El Defensor de Córdoba* era una composición antigua y por lo tanto es plausible pensar que tanto Rueda como Juan Ramón lo conocieron y quizá pudieron inspirarse en él.

⁵ El propio Juan Ramón en un escrito posterior, "Los que influyeron en mí", reconocería esta inclinación juvenil de enviar indiscriminadamente poemas a diferentes publicaciones periódicas, ya que al ver una de sus primeras composiciones publicadas en *El Programa* de Sevilla, se volvió "loco de entusiasmo y [siguió] escribiendo y enviando poemas a todos los diarios de Sevilla y Huelva y a *Vida Nueva*..." (Jiménez, 1961: 229).

granadina y, aunque no nos consta que llegase a conocer a Antonio García Toral, director de *El Heraldo...*, sí es cierto que entre sus amistades pudo contar a Francisco de Paula Valladar y Serrano (1852-1924), uno de los autores más relevantes de la Granada del cambio de siglo. Periodista, historiador, novelista y dramaturgo, “[e]n 1884 fundó la revista *La Alhambra*”, que “constituye el acontecimiento central de la vida literaria granadina y en ella se refleja la historia palpitante de la ciudad” (Valladar, 1988: XIII)⁶. La amistad entre el joven almeriense y el veterano granadino queda probada sin lugar a dudas con las dedicatorias que el primero dedicó al segundo en sus tres primeros volúmenes de poesía:

Al brillante escritor granadino F. Valladar, respetuosamente de su apreciado Villaespesa. Madrid 12/6/99. Marqués de Santa Ana 29 (*Intimidades*, 1898).

Al distinguido literato granadino Francisco de P. Valladar. Gratitud y cariño de su amigo Villaespesa. Madrid 14 Agosto 99 (*Luchas*, 1899).

Para D. Francisco de Paula Valladar, notable literato, con la admiración y el cariño de su admirador Villaespesa (*La copa del Rey de Thule*, 1900).

La amistad de Valladar con Villaespesa se extendía también a su grupo, ya que el granadino conserva también un ejemplar dedicado de *Tristeza andaluza* de Nicolás María López y otro de *Tierra andaluza* de Julio Pellicer López, prosista cordobés y uno de los más activos miembros de dicho grupo⁷. Por otro lado, Valladar debía de mantener estrechas relaciones con el entorno de *El Heraldo...*, ya que colaboraba con artículos en sus páginas y además actuó como jurado en algún concurso literario que organizó el periódico (*El Heraldo Granadino*, nº 346, 17-3-1900, p. 2). Si a la conexión entre Villaespesa y Valladar, unimos la de éste con *El Heraldo Granadino*, ya tenemos el posible puente por el que pudo viajar “Alborada” hasta Granada⁸.

⁶ Según Francisco Cuenca Benet, que lo incluye en los dos tomos de su *Biblioteca de autores andaluces modernos y contemporáneos* (1921: 338 y 1925: 376-377), fue también director literario de *El Defensor de Granada* “y colaborador de gran número de periódicos españoles y extranjeros”. Fue también redactor-jefe de *La Lealtad* “y colaboró, como crítico de arte, historia y música, en el *Boletín del Centro Artístico de Granada*, *El Liceo de Granada*, *Idearium*, *Revista Contemporánea*, *Por esos mundos*, etc. De su labor investigadora habría que destacar: *Don Álvaro de Bazán en Granada* (...), *Descripción geográfica, artística e histórica de la Ciudad de Granada* (...), *El triunfo del Ave María, o la Toma de Granada* (...), *Colón en Santa Fe y Granada* (...), *Guía de Granada* (...), etc. Es autor de la novela breve *Ovidio. Cuento, novela corta o episodio nacional* (...), una tradición granadina, *La Peña de los enamorados* (...), y varios dramas (*Las penas malditas*, *La modelo*, *Atraco modernista*, *El primer beso de amor*, etc.)” (Ortega y Moral, 1991: 200).

⁷ José Sánchez Rodríguez, que puede ser considerado dentro del grupo mencionado y que cultivó una estrecha amistad con Juan Ramón en el cambio de siglo, también estaba en buenas relaciones con Valladar, ya que le dedicó su poema “Flor de estío” al publicarlo en el semanario ceutí *El África* (nº 808, 8-6-1901, p. 3). Otro autor relacionado con el grupo, aunque ligeramente más tarde, fue el sevillano Rafael Cansinos-Assens (1883-1964), quien también dejó prueba patente de su admiración y respeto por Valladar en el volumen II de su obra *La Nueva Literatura*, donde lo exaltó como cantor de provincia en contraposición a las mezquindades de la Corte: “Así en la provincia encontramos los poetas más sinceros, más ingenuos, más líricos y, en general, los escritores más puros (...); sobre ellos no pasan las modas literarias, que aquí perturban y desorientan una vocación” (1925: 280-281).

⁸ Además, Valladar, con el tiempo, hubo de tener cierto grado de amistad o, como mínimo, de anuencia con Juan Ramón, ya que en la sección “Notas bibliográficas” de su revista, *La Alhambra* (nº 75, 15-2-1901, p. 60), hablando de la tristeza andaluza —tan de moda en los autores noveles andaluces del cambio de siglo— y a propósito del libro de poemas *Alma Andaluza* de Sánchez Rodríguez diría que “ni Sánchez Rodríguez, ni Villaespesa, ni Juan R. Jiménez (*en su excelente epílogo*), se abandonan al sentimiento de lo triste” (la cursiva es nuestra). Esta generosa

El Heraldo Granadino, "[d]iario [i]ndependiente" de formato sábana, fue fundado a principios de 1899, viendo la luz su primer número el 1 de marzo de 1899. Su director, como ya dijimos, era Antonio García Toral y sus oficinas y talleres se ubicaban en Puente Castañeda, 5. Era un diario algo más literario que *La Publicidad*, ya que, como ésta, en cada número publicaba como mínimo una poesía, pero también diariamente ofrecía un relato corto a sus lectores. García Toral, precisamente, debía de gozar de un buen entendimiento con dicha publicación, ya que solía colaborar con artículos de carácter político en *La Publicidad* (por ejemplo, n° 4275, 13-4-1898, p. 1; n° 4334, 11-6-1898, p. 1; n° 4370, 17-1-1898, p. 1, etc.).

La nómina de colaboraciones que reproducía *El Heraldo...* era, como en *La Publicidad*, típica del momento. Entre 1899 y 1901 podemos leer en sus páginas a poetas consagrados (P. A. de Alarcón, Bécquer, Campoamor, Grilo), y más o menos famosos en el fin de siglo español (Balart, Carlos Luis de Cuenca, Sinesio Delgado, José Fernández Bremón, Santiago Iglesias, Jackson Veyán, José Núñez de Prado, Manuel de Palacio, Melchor de Palau, Manuel Paso, Ram de Viu, Ricardo Sepúlveda); e, igualmente, prosistas consagrados (Echegaray, Leopoldo Alas "Clarín", Emilia Pardo Bazán,) y y de mayor o menor nombre por aquel entonces (Dicenta, Alejandro Larrubiera, José Nogales, Pérez de Nieva, Julio Poveda, Miguel Ramos Carrión, Rodríguez Chaves, José Zahonero); así como articulistas que, aunque de escasa relevancia algunas décadas más tarde, sí gozaban de cierta posición y apariciones frecuentes en la prensa durante el cambio de siglo: Antonio Ambroa, Ramiro Blanco, Antonio Sánchez Pérez o el "Dr. Traveller". La producción extranjera estuvo representada en *El Heraldo...* principalmente a través de la prosa —realista, romántica, parnasiana, naturalista— de Alphonse Daudet, Heinrich Heine, Maupassant, Mendés, Jean Richepin, Sienkiewicz, Tolstoi o Zola.

En cuanto a los autores vinculados al grupo de Villaespesa y Juan Ramón —algunos de ellos hispanoamericanos—, hay también muchas colaboraciones, pero es conveniente advertir que las firmadas por los autores más jóvenes e innovadores sólo comenzaron a tener una presencia considerable a finales de 1899 y que hasta entonces el diario había sido bastante conservador en sus gustos literarios. Haciendo la misma distinción que en *La Publicidad*, podemos decir que encontramos en las páginas de *El Heraldo...* composiciones literarias de autores más o menos importantes y conocidos en ésta época, tales como Rubén Darío, Díaz de Escovar, Fernández Vaamonde, Vicente Medina⁹, Reina, Reyes o Rueda en lo relativo a la poesía, y Benavente y "Ángel Guerra" (José Betancort) en cuanto a la narrativa, amén de algún artículo de Eusebio Blasco. Entre las colaboraciones de los noveles y menos conocidos encontramos poemas de Almendros Camps, Blanco Belmonte, Manuel Bueno, José Durbán Orozco, Gil de Aincildegui, Ramón Godoy y Sola, Francisco A. de Icaza, Anaya, León y Román, Manuel Machado, Gregorio Martínez Sierra, Muñoz de

calificación del poema epilodal de Juan Ramón desde luego contrasta con todas las descalificaciones y burlas que sufrió a cuenta del mismo —incluso por parte de algún amigo— y que Antonio Sánchez Trigueros recoge en su artículo "Testimonios críticos sobre el primer Juan Ramón" (1981).

⁹ Vicente Medina publicó aquí precisamente su famosa "Cansera" (n° 406, 28-5-1900, p. 1). Juan Ramón llegó a comentar en alguna ocasión que sentía verdadera devoción por este poema y que se lo sabía de memoria (Palau, 1974: 73-74). En realidad esta composición apareció en muchas otras publicaciones del momento y en fecha anterior, por lo que casi con toda seguridad Juan Ramón hubo de leerlo antes en alguna de ellas.

de la duda, el deseo y las ansias,
 si fúlgida brilla,
 disipando las nubes de pólvora
 de la dicha que el pecho aniquila, 40
 gloriosa bandera
 de victoria sagrada y magnífica,
 si en su Oriente clarea la alborada
 nunciadora de mágico día,
 ¡ay! el alma también queda llena 45
 de colores, de luz y sonrisas....

*
* *

¡¡Qué en el cielo de mi alma anhelante
despunte ese día!!

En la prehistoria poética juanramoniana existen dos líneas temáticas principales, la amorosa y la moral-religiosa, siendo esta última la predominante, especialmente durante 1899. Es a partir de dicho año, coincidiendo con la apertura poética hacia las nuevas formas modernistas desde una poesía fundamentalmente realista y decimonónica, cuando Juan Ramón retoma la línea amorosa que ya esbozara durante su niñez en el *Álbum de poesías* de 1895. Es ésta una de las pocas composiciones que no se encuadran dentro de alguna de esas líneas poéticas y es, además, un poema de transición hacia sus piezas claramente modernistas de principios de 1900. “Alborada” tiene dos partes bien diferenciadas: la primera, hasta el verso 28 —el propio Juan Ramón se encarga de señalarla con tres asteriscos—, es aparentemente la descripción de un bello amanecer campestre, una práctica poética casi parnasiana muy parecida a la llevada a cabo en el poema coetáneo “Paisaje”¹⁰. La escena comienza casi de noche, cuando “las estrellas se van apagando/ [y] tan solo titila/ (...) el lucero más blanco, que anuncia/ la apacible llegada del día...” (vv. 3, 4, 7 y 8), esto es, Venus, el lucero del alba. Después Juan Ramón se entretiene en describir los efectos, primero del crepúsculo de “matices de nácar y rosas” sobre “los campos [que] se llenan de tonos” (vv. 1 y 9), y segundo del creciente calor del día sobre el suelo campestre desde donde “los vapores (...) suben” (vv. 13), y sobre sus habitantes, que despiertan y emiten “ligeros rumores,/ (...) las aves sus trinos más dulces,/ sus fragancias las flores erguidas” (16, 19 y 20) y adornadas por el rocío, “de perlas cuajadas/ de perlas divinas” (vv. 21 y 22); todo ello reflejado en “las claras notas del lago (...)/ en sus ondas azules y límpidas” (vv. 23 y 24). La conclusión del poeta es clara: la armonía de la alborada es grata a su vista y el conjunto que forma sus “colores, perfumes y brisas”, hermoso (vv. 26-28). Es en la segunda parte —el resto del poema— donde percibimos que la primera, que parecía una simple descripción, era además un ejercicio simbolista, ya que el amanecer que Juan Ramón anhela

¹⁰ “Paisaje” fue publicado poco después que “Alborada” en *Vida Nueva* (nº 72, 22-10-1899, p. 3) dedicado al director de dicha revista: Dionisio Pérez. Posteriormente fue incluido, con la misma dedicatoria, en *Almas de violeta* (Jiménez, 1964: 1527). Sus primeros versos decían: “Es de noche; la brisa perfumada/ pasa besando con frescor mi frente.../ poco a poco la luna, por Oriente/ su faz asoma limpia y nacarada:/ filtrando su fulgor por la enramada/ donde canta entre lirios la corriente/ del arroyo, en su linfa sonriente/ se contempla temblando retratada...”

no ha de tener lugar en el cielo campestre sino en “los cielos del alma” del poeta (v. 29). Ahora el sol que llega con la alborada son “triumfos y dichas” (v. 30), el lucero del alba que lo anuncia es “ventura, placer y alegrías” (v. 32) y está llamado a “aparece[r] rasgando las sombras/ (...) horribles,/ (...) malditas,/ de la duda, el deseo y las ansias” (33 y 35-37) que producen la tristeza de su alma. Pero es a partir del verso 41 cuando se descubre el verdadero *leit-motiv* del poema: de la alborada campestre se pasó a la alborada que tenía como objeto el alma del poeta y por fin, ahora, desde ésta se pasa a la alborada de la gloria poética. Es en “la gloriosa bandera/ de victoria sagrada y magnífica”, en su Oriente, donde ha de clarear “la alborada/ nunciadora de mágico día” (vv. 41-44), ya que sólo así “el alma queda llena/ de colores, de luz y sonrisas....” (vv. 45 y 46). Es por tanto el triunfo literario —la gloria poética— el amanecer del alma de Juan Ramón; así lo concluye en un apéndice paralelo estructuralmente al que culmina la primera parte: “¡¡Qué en el cielo de mi alma anhelante/ despunte ese día!!” (vv. 47 y 48), el día en el que alcance la gloria como poeta.

El de la gloria poética es en realidad un tópico recurrente en la juventud literaria finisecular, el cual está íntimamente unido al de la lucha poética (“pólvora”, “bandera”) y al de la Religión de la Poesía (“victoria sagrada y magnífica”), que también se entrelazan en “Alborada”. Los dos últimos son más propiamente modernistas que el primero y ello puede significar, por tanto, una prueba más de que es ésta una poesía de transición. No olvidemos tampoco que el del amanecer es otro importante tópico modernista, utilizado para expresar la llegada de las nuevas formas poéticas a la anquilosada poesía decimonónica y que Juan Ramón ha podido usarlo aquí para ubicar su deseado triunfo literario dentro del nuevo movimiento que, precisamente en estos momentos, comienza a abrirse paso en España. Como ya dijimos, no estamos seguros de que a finales de 1899 Juan Ramón conociera ya a Villaespesa, quien constituyó el cauce más directo e importante por el que fluyeron estas ideas hacia el moguerense, pero lo que está claro es que éste comienza ya a participar de los planteamientos de la nueva poesía modernista. La descripción casi parnasiana llevada a cabo en la primera parte también es un elemento que mira hacia las nuevas formas, pero la clave del poema en la que se aprecia la evolución hacia el modernismo es sin duda temática: es la diferencia que existe entre la constante preocupación moral de la mayoría de las anteriores poesías y la gloria poética que protagoniza ésta¹¹. Pero si “Alborada” es un poema de transición, ha de contar con elementos poéticos decimonónicos y efectivamente los tiene, principalmente formales, ya que es una composición formada con estructuras poéticas tradicionales: estrofas arromanzadas de versos decasílabos y hexasílabos. También se puede observar que aún no ha asimilado convenientemente el elemento decadentista predominante en el tipo de modernismo que cultivará inmediatamente —sobre todo en *Ninfeas*— en el tratamiento del crepúsculo: aquí la delectación del poeta se produce en la recreación del amanecer y no del atardecer. “Alborada” es, en este sentido, una especie de reverso poético de otro poema coetáneo: “A un día feliz”¹². En éste, publicado en enero de

¹¹ Podemos reparar de paso en el contraste existente entre el mensaje último de “El cohete”, la consecución de la gloria celeste, y el de “Alborada”, la consecución de la gloria poética, tan divergentes uno de otro. También es cierto que Juan Ramón no tardará en asimilar, sobre la base de las nuevas ideas modernistas, ambos conceptos en uno solo, el de la Religión de la Poesía, ya esbozado, como hemos dicho, en “Alborada”.

¹² “A un día feliz” se publicó en *Vida Nueva* (nº 85, 21-1-1900, p. 4) y algunos de sus versos eran éstos: ¿[p]or qué te mueres, por qué te mueres mágico día?! ¿por qué, inundando mi pobre alma de desconsuelo,/ tiendes el vuelo,/ tiendes el vuelo con somnolenta melancolía?! (...) ya te perdiste/ tras el lejano, brumoso monte,/ dejando sólo

1900 y más cercano a las formas decadentistas de *Ninfeas*, se canta al atardecer y no al amanecer. Es cierto que en “A un día feliz” se tiñe igualmente de valores positivos al día en contraposición a la noche y Juan Ramón se lamenta por la culminación de dicho día, pero es precisamente esa delectación en el propio sufrimiento que le provoca el ocaso, ese “masoquismo poético”, una característica de la influencia en Juan Ramón de las nuevas tendencias poéticas.

“Alborada” es sin duda un poema singular y no sólo desde el punto de vista poético, ya que plantea también algunos interrogantes sobre la conducta editorial del poeta novel que fue Juan Ramón un día. Éste dijo en alguna ocasión que antes de septiembre de 1900 dio a conocer sus poemas en varias publicaciones, entre ellas el *Heraldo de Huelva* (“Carta a Graciela Palau de Nemes”, en Urrutia, 1981: 19). Ya nos encargamos en otro lugar de demostrar que aquello era imposible, ya que el *Heraldo de Huelva* no se fundó hasta 1901 (Martín, 2002) y ahora no podemos dejar pasar la oportunidad de intentar justificar tal error como una pequeña confusión producto del paso de los años, ya que quizá, al recordar que por estas fechas publicó algún poema en el “Heraldo”, a Juan Ramón pudo fallarle la memoria y situar dicha publicación en Huelva y no en Granada. En cuanto al detalle de por qué no siguieron apareciendo poemas juanramonianos en *El Heraldo Granadino* y *La Publicidad*, primero, es posible que él continuara enviándolos pero en la redacción de ambos diarios por uno u otro motivo decidiesen no publicarlos. Esto redundaría en la hipótesis de que el muguereño enviaba sus composiciones sin recomendación alguna, lo cual es a la postre lo que nos parece más probable, aunque en este particular el lector puede sacar sus propias conclusiones toda vez que ya ha sido expuesta por completo la información de que disponemos. No obstante, también pudo suceder que Juan Ramón decidiera no enviar más poemas a ninguno de los dos diarios. En lo concerniente a *La Publicidad*, no sabríamos aventurar por qué, mas en cuanto a *El Heraldo Granadino* sí es posible que exista una razón concreta.

En sus escritos de adultez por dos veces dejó Juan Ramón constancia de una anécdota relativa a la época que tratamos y a un autor que publicaba poemas muy parecidos a los suyos y firmaba de la misma manera en la prensa sevillana finisecular: “Juan R. Jiménez” (Jiménez 1979: 5-6, y Urrutia, 1981: 25-28). Urrutia, en el citado artículo “Juan Ramón Jiménez y él” (1983) demostró que esta anécdota podría ser cierta, aunque con ligeras variantes con respecto a la contada por el poeta, y localizó a un tal “Juan R. Ramírez” que, efectivamente, publicaba versos muy parecidos a los de Juan Ramón y en algún periódico donde éste también colaboraba. Según relató el muguereño, ésta fue la razón por la que dejó de enviar versos a *El Noticiero Sevillano* —publicación que ha compartido protagonismo en este artículo, aunque por otros motivos—. Pues bien, casualidad o no, a finales de 1899 y principios de 1900 —coincidiendo también con la publicación de “Alborada”— existe un tal Juan Ramírez que colabora en *El Heraldo*.... Publicaba relatos (nº 200, 30-9-1899, p. 1) y artículos varios, como por ejemplo la crónica teatral (nº 266, 10-1-1900, p. 1) y, curiosamente, firmaba en un principio “J. Ramírez” y más adelante “J. R.”, exactamente

sobre los picos del horizonte/ leves jirones de tu vestido de oro y de lirios,/ (...) ¡Ay! ya la noche, la noche helada,/ llena de nieblas mi pobre alma desesperada;/ ya las estrellas alzan su triste, muda oración;.../ y entre la sombra medrosa y fría,/ va el alma mía,/ con la nostalgia, con el recuerdo del muerto día;.../ va derramando sangrientas lágrimas mi corazón...”.

igual que en sus comienzos firmaba Juan Ramón. ¿Tenía que ver algo este Juan Ramírez con el Juan R. Ramírez de la prensa sevillana? No lo podemos constatar. ¿Influyó el hecho de que alguien firmase “J. R.” en *El Heraldo Granadino* en que Juan Ramón dejase de enviar sus poemas a dicha publicación? Tampoco podemos probarlo, pero, si la anécdota que contó el poeta era cierta en cuanto a una publicación sevillana, no vemos la razón por la que no pudiera aplicarse a una granadina. De cualquier modo, éstas son especulaciones sobre detalles más o menos triviales; lo importante es que desde hoy todo aquel interesado en la poesía de Juan Ramón Jiménez dispone de un poema más, si no para disfrutar de él, sí al menos para conocerlo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- BEJARANO, R., y SÁNCHEZ TRIGUEROS, A., “Un inédito de Juan Ramón Jiménez sobre Salvador Rueda”, *Ínsula*, 514 (1989), Madrid, pp. 25-26.
- CANSINOS-ASSENS, R., *La Nueva Literatura. II. Las escuelas (1898, 1900-1918)*, Madrid, Editorial Páez, Ferraz, 50, 1925 (2ª ed.).
- CELMA VALERO, Mª P., *Literatura y Periodismo en las Revistas del Fin de Siglo. Estudio e Índices (1888-1907)*, Madrid, Ediciones Júcar, 1991.
- CUENCA BENET, F., *Biblioteca de autores andaluces modernos y contemporáneos*, La Habana, “Tipografía Moderna” de Alfredo Dorrbecker, 1921.
- CUENCA BENET, F., *Biblioteca de autores andaluces contemporáneos (segundo tomo)*, La Habana, A. Dorrbecker, R. M. Labra 82, 1925.
- GARCÍA BLANCO, M., “Juan Ramón Jiménez y la revista *Vida Nueva* (1899-1900)”, en *Studia Philologica. Homenaje a Dámaso Alonso*, tomo II, Madrid, Gredos, 1961, pp. 31-72.
- JIMÉNEZ, J. R., “El Modernismo poético en España y en Hispanoamérica”, *Revista de América*, 6 (1946), pp. 17-30, en LITVAK, Lily (editor), *El Modernismo*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 227-241.
- JIMÉNEZ, J. R., *La corriente infinita (crítica y evocación)*, Madrid, Aguilar, 1961.
- JIMÉNEZ, J. R., *Libros de Prosa: I*, Madrid, Aguilar, 1969.
- JIMÉNEZ, J. R., “Vida y época (recuerdos inéditos)”, selección y notas de Arturo del Villar, *Nueva Estafeta*, 4 (1979), pp. 4-11.
- JIMÉNEZ, J. R., *Primeros poemas*, edición de Jorge Urrutia, Sevilla, Editorial Point de Lunettes, 2003.
- MARTÍN INFANTE, A., “Juan Ramón Jiménez y Tomás Domínguez Ortiz: literatos y amigos en la encrucijada de dos siglos”, *Unidad*, 4 (2002) Moguer (Huelva), pp. 117-162.
- ORTEGA, J. y DEL MORAL, Celia del, *Diccionario de escritores granadinos (Siglos VIII-XX)*, Granada, Universidad de Granada, 1991.
- PALAU DE NEMES, G. *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez. La poesía desnuda*, 2 vols. Madrid, Gredos, 1974.

- PÉREZ DELGADO, R., "Primicias de Juan Ramón Jiménez", *Papeles de son Armadans*, 271 (1974), pp. 13-49.
- PRAT, I. (editor), *Poesía modernista española*, Madrid, Cupsa Ed., 1978.
- SÁNCHEZ TRIGUEROS, A., *Francisco Villaespesa y su primera obra poética (1897-1900)*, Granada, Universidad de Granada, 1974.
- SÁNCHEZ TRIGUEROS, A., "Testimonios críticos sobre el primer Juan Ramón", *Ínsula*, 416-417 (1981), Madrid, p. 19.
- UCEDA, R. A., "Juan Ramón y Sevilla", en *Tres para Juan Ramón*, Sevilla, Universidad de Sevilla, Instituto de Ciencias de la Educación y Departamento de Literatura Española, 1981 [s. p.].
- URRUTIA, J., *Sevilla en Juan Ramón Jiménez*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 1981.
- URRUTIA, J., "Sobre la formación ideológica del joven Juan Ramón Jiménez", *Archivo Hispalense*, 199 (1982), Sevilla, pp. 207-231.
- URRUTIA, J., "Juan Ramón Jiménez y él", en *Actas del Congreso Internacional del Centenario de Juan Ramón Jiménez (La Rábida, 1981)*, Huelva, Instituto de Estudios Onubenses, Excma. Diputación Provincial de Huelva, 1983, pp. 581-587.
- URRUTIA, J., "De nuevo sobre el primer Juan Ramón Jiménez. Noticias y poemas", en *Homenaje a Pedro Sáinz Rodríguez*, tomo II, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986a, pp. 647-655.
- URRUTIA, J., "De la prehistoria de Juan Ramón Jiménez", *Anuario de estudios filológicos*, 9 (1986b), Cáceres, pp. 317-329.
- URRUTIA, J., "La prehistoria de Juan Ramón Jiménez: confusiones y diferencias", en *Juan Ramón Jiménez. Poesía total y obra en marcha. Actas del IV Congreso de Literatura Española Contemporánea*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 41-60.
- VALLADAR Y SERRANO, F. de P., *Colón en Santa Fé y Granada*, Granada, Ed. Albaida, 1988 (edición facsímil de la de 1892).
- VILLAESPESA, F., *Intimidades*, Madrid, Tipografía de Antonio Álvarez, Barco, 20, 1898.
- VILLAESPESA, F., *Luchas*, Madrid, Imp. C. Apaolaza, 1899.
- VILLAESPESA, F., *La copa del Rey de Thule*, Colección Lux, Madrid, Est. Tip. «El Trabajo», á cargo de H. Sevilla, Guzmán el Bueno, núm. 10, 1900.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

El África (Ceuta), *El Defensor de Córdoba*, *Diario de Córdoba*, *El Heraldo Granadino*, *La Publicidad* (Granada), *El Noticiero Sevillano*.

